

El Cuarto Jinete

Prof. Dr. Alfredo E. Buzzi

Editor Responsable

Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente que decía: Ven. Y miré, y he aquí, un caballo amarillento; y el que estaba montado en él se llamaba Muerte; y el Hades lo seguía.

Y se les dio autoridad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con pestilencia y con las fieras de la tierra.

Apocalipsis 6:8

La humanidad parece no tener depredadores naturales, aparte de otras personas. Eso no significa que un oso hambriento o un león enojado no ataquen a un ser humano. Pero la inteligencia superior, la habilidad con las armas, la previsión y la astucia han permitido a las personas burlar y vencer a criaturas más grandes o más temibles, o nos han enseñado a evitarlas o, en algunos casos, a domesticarlas.

Pero siempre estuvieron los microbios. Y en cuanto nos enteramos de ellos y de cómo derrotarlos, los olvidamos. Hasta hace poco se pasaron por alto los virus que, a diferencia de las bacterias, no pueden combatirse una vez que han invadido el cuerpo.

El químico francés Louis Pasteur, considerado el pionero de la microbiología moderna, desarrolló la teoría microbiana que explicó la causa de las enfermedades infecciosas. Los "gérmenes" de Pasteur se identificaron cada vez con mayor precisión durante los próximos 80 años. En la década de 1930, los químicos desarrollaron las sulfamidas (compuestos sintéticos que

contienen azufre), que tuvieron espectaculares efectos curativos sobre las infecciones bacterianas. Luego vinieron los antibióticos, informados por primera vez a fines de la década de 1920 y desarrollados como tratamiento médico durante la Segunda Guerra Mundial. Mucho más potentes que las sulfamidas contra las bacterias, los antibióticos diezmaron las enfermedades que habían afectado a la humanidad durante siglos.

A principios del siglo XX, la industrialización, la ciencia y la tecnología crearon una riqueza sin precedentes en las naciones donde se desarrollaron, y estas sociedades ricas pudieron realizar esfuerzos igualmente excepcionales para prevenir y controlar enfermedades. Este siglo ha sido testigo de un ataque asombrosamente efectivo contra enfermedades que alguna vez se consideraron una parte oscura e inevitable de la condición humana. Por ejemplo, la viruela comenzó a ser atacada por primera vez por la inoculación en países occidentales en 1720, pero todavía mataba a más de dos millones de personas en 1967, cuando la Organización Mundial de la Salud (OMS) comenzó su ataque global contra la enfermedad. Se dispensaron más de 250 millones de dosis de vacunas durante la próxima década, y en 1977 la viruela se consideró erradicada (existe solo como muestras cuidadosamente protegidas en laboratorios seguros). Otros flagelos ya desterrados o reducidos a niveles insignificantes en las naciones más ricas del mundo incluyen la difteria, la poliomielitis, la tuberculosis y la

sífilis terciaria.

Ya empezado el siglo XXI, para muchos parecía que las enfermedades podían ser vencidas en todo el mundo, gracias a la voluntad, el dinero y los conocimientos. Fue un error. La falla en el pensamiento surgió de una concepción errónea del lugar que ocupa la humanidad en el esquema de las cosas.

Una consecuencia profunda de estas victorias extraordinarias fue un optimismo fuera de lugar sobre nuestra capacidad para lidiar con la enfermedad. Aunque pronto aparecieron cepas de bacterias que resistían el poder de los antibióticos, la ciencia médica desarrolló nuevos tratamientos para contrarrestarlos. Y debido a que inicialmente se ganó la guerra contra los "gérmenes", parecía que era solo cuestión de tiempo antes de que todas las enfermedades pudieran ser analizadas, atacadas y eliminadas. En sus propios ojos, al menos, la humanidad había conservado el derecho a su corona como la criatura suprema del planeta.

Solo después de que fue posible analizar los componentes básicos de la vida (es decir, el ADN) se hizo evidente que, lejos de estar por encima de todas las demás criaturas vivientes, la humanidad ha sido depredada y cambiada por microbios, especialmente virus, durante millones de años. Así lo señaló el médico estadounidense Joshua Lederberg (1925-2008), ganador del premio Nobel de Medicina en 1958 por sus descubrimientos acerca de la recombinación genética y la organización del material genético de las bacterias: *"¡Es una victoria pírrica para un virus erradicar a su huésped! Desde la perspectiva del virus, su ideal sería una infección prácticamente sin síntomas, en la que el huésped sea bastante inconsciente de la invasión y proporcione*

refugio y alimento para la propagación indefinida de los genes del virus. Nuestro propio genoma probablemente lleva cientos de miles de polizones. El límite entre ellos y el "genoma normal" es bastante borroso. Intrínsecos a nuestra propia ascendencia y naturaleza no son solo Adán y Eva, sino cualquier número de gérmenes invisibles que se han infiltrado en nuestros cromosomas. Hasta el 95 por ciento de nuestro ADN puede ser de origen parasitario".

A la luz de esa historia, y los antecedentes de las epidemias que han ocurrido en el pasado de la humanidad, Lederberg nos recuerda: *"No tenemos garantía de que la competencia evolutiva natural entre los virus y la especie humana nos encuentre siempre como los ganadores. El hombre es un emergente bastante reciente en el planeta, y el crecimiento de nuestra especie desde el paleolítico es la principal fuente de perturbaciones para el equilibrio de la naturaleza. Somos complacientes al confiar en que la naturaleza es benigna. Somos arrogantes para afirmar que tenemos los medios para exceptuarnos de la competencia que ocurre entre todos los seres vivos. Nuestros principales competidores por el dominio, fuera de nuestra propia especie, son los microbios: los virus, las bacterias y los parásitos. Siguen siendo una amenaza interminable para nuestra supervivencia".*

Nada le recordó a la humanidad su complacencia y arrogancia con tanta dureza o tan intransigente como la aparición del SIDA como una amenaza global en la década de 1980. En los EE. UU., el reconocimiento del alcance y la gravedad de ese peligro fue retrasado primero por obstáculos políticos y luego por la negativa a admitir que la enfermedad que azotaba a hombres y mujeres en África era la misma que estaba siendo devastadora entre los hombres homosexuales en los EE.UU. Durante años, las propuestas de investigación fueron

descartadas y los presupuestos eran inexistentes. En África, los líderes políticos durante mucho tiempo negaron la existencia misma del SIDA en sus países. Incluso cuando se superaron esos obstáculos, y se identificó el virus del SIDA, el problema persistente permaneció: cómo matar o neutralizar el virus, cualquier virus, sin matar también a su huésped humano.

El SIDA y otras enfermedades potencialmente devastadoras contra las cuales no tenemos una defensa conocida, han florecido inesperadamente y, a veces misteriosamente, se desvanecieron en la oscuridad. Ahora ha aparecido un nuevo coronavirus (SARS-Cov-2) y la enfermedad COVID-19, de la que no sabemos todo, y que nos sorprende a cada rato. También sobre ella parece que ha habido (y que hay) subestimación, ocultamiento de datos e información, y restricciones presupuestarias.

Varios escritores se han inspirado para mirar nuevamente las plagas del pasado para ver estas nuevas amenazas en el contexto y la perspectiva de la historia, y tal vez para prepararnos, para ayudarnos a imaginar lo inimaginable que ahora parpadea inquietamente alrededor de los bordes de nuestra conciencia.

El brote de COVID-19, declarado pandemia por la Organización Mundial de la Salud el pasado 11 de marzo, desató una crisis global como hacía tiempo no se veía. Sin embargo, la historia puede ayudar a poner en perspectiva lo que está sucediendo. A pesar de la gravedad inusitada de este brote originado en China en noviembre pasado, aún está lejos de los más letales de la historia.

En el análisis de las epidemias del pasado encontraremos todas estas variaciones en la forma en que nuestro bienestar puede ser alterado por esta nueva pandemia. Veremos cómo las plagas y las pandemias han afectado a la humanidad a lo largo de la historia y cómo, en un breve período de tiempo, parecían haber sido desterradas o controladas. Y luego veremos las amenazas emergentes a esa acogedora visión del mundo, y evaluaremos las posibilidades de que el temible Cuarto Jinete del Apocalipsis aún pueda caer nuevamente sobre la humanidad. Es posible que estemos presenciando una nueva y tal vez salvaje fase de la lucha interminable entre la humanidad y su enemigo más antiguo.

